Ewa Bartosiewicz (POL)

Nací en Bialystok, una ciudad del este de Polonia, en 1983. Crecí en una familia cristiana, pero mi caminar con Dios ha sido irregular y zigzagueante. Cuando era una niña, tuve una relación mística con El que había desaparecido por completo cuando llegué a la adolescencia. Desde entonces estaba convencida de que Dios era importante, pero solo porque tenía el poder de volver mi vida del revés, cosa que yo no quería. Creía que era feliz, estudiando Información y Tecnología en la Universidad Tecnológica de Varsovia y preparándome para casarme. La vida pasaba con pocas interferencias por mi parte.

Todo esto cambió en un momento cuando mi novio decidió romper conmigo. Mi vida dio un giro dramático y no tenía ni idea de lo que hacer conmigo misma. Quedé atrapada en una gran crisis y, buscando personas que pudieran ayudarme, fui a misa a una capilla de los jesuitas en la que mi amiga de la facultad tocaba la guitarra. Un encuentro llevó a otro, y me encontré formando parte de la familia de esa capellanía jesuita. Lentamente aprendí cómo comunicarme con Dios, y empecé a quererlo más y más. Para entonces ya estaba abriéndome a nuevas posibilidades en mi vida – no solo a la de tener una familia – aunque todavía no era mi momento.

En 2009 había un encuentro de juventud en Kenya organizado por los jesuitas y mi capellanía planeaba acudir. Estaba muy contenta de poder ir a Africa. Mientras estuve allí, me enamoré de Kenya y decidí que necesitaba volver para quedarme durante más tiempo. Me llevó dos años planear el viaje. Tenía que dejar mi trabajo en un banco, y pedí a mis amigos que me ayudasen con las finanzas.

Para Octubre de 2011 estaba lista para lanzarme a lo desconocido. Solo había hecho planes para los tres primeros meses, que pasé en la comunidad de San Martin en Nyahururu – un precioso lugar ecuménico lleno de la presencia de Dios. Los siguientes ocho meses prometían ser una total sorpresa del Espíritu Santo, y realmente lo fueron.

En enero de 2012 me invitaron al colegio de los jesuitas de Nairobi - San Aloysius Gonzaga – donde enseñé Informática durante otros tres meses. Allí tuve una estupenda oportunidad de ir al norte, a zonas totalmente rurales, y encontrarme con gente de Marsabit y de otros pueblos de alrededor. Fue una experiencia inolvidable, estar con gente que vive de forma tan tradicional y que casi no ha recibido ninguna educación.

Sin embargo, la mayor sorpresa fue la invitación que Dios mismo me hizo durante uno de mis retiros de tres días. Fue una única palabra durante la oración, pero fue muy claro para mí que El me guiaba hacia la vida religiosa. En aquel entonces no conocía muchas congregaciones, y las que veía en diversos lugares no me parecía que fueran para mí. Pregunté a mi amigo jesuita y el me dio solo una respuesta – Sagrado Corazón. Convencida por las razones que él me dio, decidí explorar esta posibilidad.

En seguida de volver a Polonia, comencé mi aventura como candidata de la Sociedad del Sagrado Corazón. Mis padres, aunque no estuvieron contentos al principio, comprendieron mi decisión. Viendo lo feliz que yo estaba, creció su amor a la Sociedad.

Pasé un año genial en Pobiedziska, donde ahora tenemos un centro de espiritualidad. Allí descubrí que esta Sociedad ha estado en mi corazón desde que nací. La espiritualidad del Corazón de Jesús, que significa acoger a todos y estar entre la gente, me inspiró cada día a mirar al mundo con Sus ojos.

He descubierto a lo largo del camino que todo lo que había vivido previamente me estaba preparando para ser una Religiosa del Sagrado Corazón (RSCJ). En 2015 este sueño se hizo realidad cuando hice mis primeros votos. No es fácil describir qué feliz sigo siendo viéndome formar parte de esta preciosa familia multicultural de mujeres que dan sus corazones a Dios.

Después de mis primeros votos fui enviada a la comunidad de Gdynia para ser catequista en una escuela pública. Aunque es una tarea desafiante, me ayuda a crecer de muchas formas. Este año también enseño Informática en un colegio de secundaria de los jesuitas. Todavía sueño con ser misionera en un país lejano: pero también veo cuánto trabajo hace falta hacer aquí, justamente donde estoy.

Estoy segura de que hay otras muchas sorpresas por delante, porque mi Dios es un dios de grandes sorpresas!!